



Antonio de Cabo, «Mi primer encuentro con Tennessee Williams», a *Primer Acto*, maig-juny, 1958.

En el verano de 1951, recibí un día una nota del Hotel Colón, de Barcelona, que decía: «Tengo mucho interés en conocerle y le espero esta tarde». Iba firmada por Tennessee Williams. He de confesar que me causó una gran impresión. Aquellas pocas palabras significaban que horas después iba a encontrarme frente a uno de los autores más importantes del teatro norteamericano y mundial. Un autor al que admiraba profundamente y del que había sido el introductor en España con el estreno, en enero de 1949, de *El zoo de Cristal* en mi Teatro de Cámara de Barcelona. [...]

Aquella llegada inesperada coincidía con la estancia en Barcelona de Jean Cocteau, con el que yo estaba citado para cenar aquella noche. Cocteau había sido el adaptador francés de *Un tranvía llamado deseo* y casi podemos decir que con ello el descubridor del talento de Tennessee Williams para Europa. Le llamé inmediatamente para comunicarle la noticia. Con su grande y característica vitalidad, Cocteau se lanzó a organizar una cena que iría



seguida de una juerga flamenca para presentar a Tennessee a los periodistas y amigos.

Cuando lo dejamos todo medio arreglado fui al Colón para mi primera entrevista con Tennessee. Este me esperaba en el bar. En seguida entablamos una larga conversación, y entre nosotros se estableció una corriente de mutua simpatía y cordialidad. A última hora de la tarde, cuando llegó Luis Ezcurra, corresponsal entonces de *Triunfo* en Barcelona, al que yo había avisado «secretamente» para que realizara en España el primer reportaje periodístico del célebre autor, ya estábamos hablando como dos antiguos amigos que se conocieran de toda la vida. En aquella primera conversación me explicó los motivos que le traían desde Roma a nuestra ciudad. Quería escribir una obra para Anna Magnani, a la que acababa de conocer en Roma, pero en la capital italiana le faltaba la tranquilidad necesaria para escribir. Tenía demasiados amigos y compromisos sociales. También venía porque quería conocer directamente el carácter español, familiar para él a través de las obras de Lorca, por las que sentía una gran admiración. Intentaba escribir una obra al estilo de las del



genial poeta para la gran trágica italiana. Aquella obra sería un mes más tarde *La rosa tatuada*.

Durante la cena, Cocteau se mostró de una brillantez extremada. Tennessee, a su lado, por el contrario, muy cordial pero tímido. Le aturdió la vitalidad del exaltado poeta francés y le mareaba el bullicio y el fuerte colorido de la «juerga flamenca». Aquella noche conocí una de las características principales de su personalidad: su gran timidez y su extremada sensibilidad, tan difíciles de adivinar a través de la fuerza arrolladora y brutal de sus obras.

Los días que siguieron fueron de constante comunicación. Hablábamos durante horas en la playa de la obra que, según él, estaba escribiendo con una rapidez asombrosa, dada su habitual lentitud. Se mostraba entusiasmado del clima que estaba consiguiendo. A las tres semanas ponía la palabra «Telón» a la primera versión de *La rosa tatuada*. Por la noche lo celebramos y al día siguiente salía hacia Roma para leérsela a Magnani, que debía ser, en compañía de Brando, y dirigida por Elia Kazan, su futura intérprete en Broadway.



De este modo, conocí *La rosa tatuada*. Puedo casi decir que la vi crecer a medida que iba surgiendo de la máquina de escribir de Tennessee, y que al despegar el avión del Aeropuerto del Prat de Llobregat, vía Roma, la vi emprender el vuelo hacia la fama internacional, encerrada en el maletín de mano de Tennessee.